

CAPITULO LI.

APOLOGIA DE LAS LEYES DE LICURGO : CAUSAS DE SU DECADENCIA.

Dije mas arriba que Filotas habia salido para Atenas; el dia siguiente á nuestra llegada á Lacedemonia: y su tardanza en volver me traia inquieto, extrañando que pudiese sufrir por tanto tiempo una separacion tan cruel. Antes de ir á juntarme con él, me propuse tener otra conversacion con Damonax. En la primera, habia este considerado las leyes de Licurgo en la época de

* Véase el capítulo xli.

su vigor; yo las veia ceder todos los dias con tan poca resistencia á las innovaciones peligrosas, que empezaba á dudar de su antigua influencia; y así me aproveché de la primera ocasion para explicarme con Damonax.

Una tarde, que recayó insensiblemente la conversacion sobre Licurgo, mostré en ella menor consideracion á este hombre grande. Parece, le dije, que muchas de vuestras leyes os han venido de los Persas y de los Egipcios. El me respondió: el artífice que hizo el laberinto de Egipto, no merece menos elogios, por haber decorado la entrada con aquel bello mármol de Paros, que se trajo de tan lejos. Para hacer juicio del mérito de Licurgo, es necesario considerar todo el conjunto de su legislacion. Cabalmente, le repliqué, ese conjunto es lo que quieren negaros; dado que los Atenienses y los Cretenses defienden, que sus constituciones, aunque diversas entre si, han servido de modelos á la vuestra.

El testimonio de los primeros, replicó Damonax, está siempre inficionado de una parcialidad pueril; y así no piensan en nosotros sino para pensar en si mismos. La opinion de los Cretenses está mejor fundada; pues Licurgo adoptó muchas de las leyes de Minos, y desechó otras: las que eligió, las modificó de tal manera, y las acomodó tan bien á su plan, que se puede decir que

descubrió lo que ya habia descubierto Minos, y acaso otros antes que él. Comparad los dos gobiernos, y vereis ya las ideas de un hombre grande, perfeccionadas por otro mayor todavía, ya diferencias tan sensibles, que os costará trabajo comprender como los han podido confundir. Las leyes de Minos toleran la desigualdad de bienes; las nuestras la proscriben: y de aqui debe resultar una diferencia esencial en las constituciones y costumbres de estos dos pueblos. Sirva esto para ejemplo de la oposicion de miras. No obstante, le dije yo, el oro y la plata han forzado las barreras que entre vosotros les oponian unas leyes insuficientes; y ya no sois como en otro tiempo, dichosos por las privaciones, y ricos, por decirlo así, con vuestra indigencia.

Iba Damonax á responder, cuando oimos en la calle gritar muchas veces: ¡abrid, abrid! por que en Lacedemonia no se permite llamar á la puerta. Era él, era Filotas. Iba yo volando á darle los brazos, cuando él estaba ya en los míos. Le presenté nuevamente á Damonax, quien se retiró luego por atencion. Filotas se informó de su caracter, y yo le informé que era bueno, y condescendiente: tiene, dije, la política del corazon, muy superior á la de los modales: sus costumbres son sencillas, y sus sentimientos honrados. Filotas infirió de esto, que Damonax era tan ignorante, como el comun de los Espar-

ciatas. Yo añadí, que se apasionaba por las leyes de Licurgo. Filotas observó que saludaba de un modo mas rústico que en nuestra primera visita.

Mi amigo estaba tan prevenido en favor de su nacion, que despreciaba á los demas pueblos, y aborrecia altamente á los Lacedemonios. Sabia cuanto se habia dicho contra estos últimos en el teatro de Atenas para ridiculizarlos, cuantas injurias les habian prodigado los oradores atenienses, cuantas injusticias les atribuyen los historiadores, cuantos vicios censuran los filósofos de Atenas en las leyes de Licurgo; y provisto de tales armas, acometia continuamente á los partidarios de Esparta. Yo habia querido muchas veces corregirle de este capricho, pues me incomodaba que mi amigo tuviera semejante defecto.

Filotas habia venido por la Argólide; desde donde el camino hasta Lacedemonia es tan áspero y escabroso, que cansado hasta lo sumo, me dijo antes de acostarse: sin duda, que siguiendo vuestra laudable costumbre, me hareis trepar á algun pericueto para admirar á placer las cercanías de esta soberbia ciudad; pues no faltan aquí montes para proporcionar este placer á los viajeros. Mañana, le dije yo, iremos á Menelaion, altura situada al otro lado del Eurotas, y Damonax tendrá la bondad de acompañarnos.

El día siguiente pasamos el Babix, que este es el nombre que dan al puente del Eurotas. A poco se ofrecieron á nuestra vista los restos de muchas casas, que hubo en otro tiempo á la orilla izquierda de este rio, destruidas en la última guerra por las tropas de Epaminondas. Mi amigo se valió de esta ocasion para hacer el mayor elogio del mayor enemigo de los Lacedemonios, y como Damonax callaba, le compadeció.

Yendo mas adelante, descubrimos á lo lejos tres ó cuatro lacedemonios, envueltos con mantos guarnecidos de varios colorines, y la cara afeitada por un lado solo. ¿Qué farsa representan aquellos? preguntó Filotas. Esos, respondió Damonax, son tembladores, llamados así por haber huido en el combate en que rechazamos las tropas de Epaminondas. Su exterior sirve para darlos á conocer, y los humilla tanto, que no se presentan sino en los sitios solitarios: ya veis como huyen de encontrarse con nosotros.

Despues de haber recorrido con la vista, desde lo alto de la colina, ya las hermosas campiñas que se extienden hácia el mediodia, ya aquellos montes soberbios que sirven de límite á la Laconia por el poniente, nos sentamos en frente de la ciudad de Esparta. Yo tenia á mi derecha á Damonax, y á mi izquierda á Filotas, que apenas se dignaba de tender la vista sobre aquel monton de cabañas, arrimadas sin orden unas á otras.

Tal es, no obstante, le dije, el humilde asilo de esta nación, en la que se aprende tan temprano el arte de mandar, y lo que es mas difícil todavía, el de obedecer. Filotas me apretaba la mano, y me hacia señas de que callase. Yo continuaba: de una nación que no se ensoberbeció con las victorias, ni se abatió con las derrotas. Filotas me decia al oido: por los dioses os ruego, que no me hagais hablar; ya habeis visto que ese hombre no está en disposicion de responderme. Yo continuaba: que siempre ha tenido ascendiente sobre las demas: que desbarató los Persas; batió muchas veces á los generales de Atenas, y por fin se apoderó de su capital: que no es ni frívola, ni inconsecuente, ni gobernada por oradores corrompidos; que en toda la Grecia... Está detestada en sumo grado por su tiranía, y despreciada por sus vicios, exclamó Filotas. Y en seguida, lleno de rubor, dijo á Damonax: perdonad, perdonad este impulso de cólera á un joven que adora á su patria, y nunca sufrirá que se la ultraje. Respeto ese sentimiento, respondió el esparciata; Licurgo le hizo el movíl de nuestras acciones. ¡O, hijo mio! el que ama á su patria, obedece á sus leyes, y con esto cumple todos sus deberes. La vuestra merece vuestro amor, y yo sentiria que Anacarsis hubiese seguido tanto la chanza, si no nos ofreciese á ambos una ocasion para curarnos de nuestras preo-

cupaciones. Está abierta la lid: vos os presentais con las ventajas que debeis á vuestra educacion; yo me presentaré con solo el amor de la verdad.

Entre tanto me decia Filotas al oido: este esparciata es hombre de juicio: dispensadme el dolor de afligirle, mudando, si es posible, de conversacion. Damonax, dije entonces, Filotas ha hecho de los Esparciatas un retrato, copiado de los escritores de Atenas; suplicadle que os le enseñe. Iba á caer sobre mí el furor de mi amigo, y Damonax lo precavió de esta manera: vos habeis ultrajado á mi patria, y yo debo defenderla: sois culpable, si hablais por vos mismo: os disculpo si seguis lo que han dicho algunos atenienses; porque no presumo que todos hayan formado tan mala idea de nosotros. Guardaos de pensar así, respondió Filotas con viveza: teneis entre ellos muchos partidarios, que os miran como semidioses, y quieren imitar vuestros modales; pero debo confesar, que nuestros sabios se explican libremente sobre vuestras leyes y costumbres.

— ¿Esos verosimilmente estarán bien instruidos? — ¡Cómo instruidos! son los mas bellos ingenios de la Grecia, como Platon, Isócrates, Aristóteles, y otros muchos. Damonax disimuló su admiracion; y Filotas, despues de muchas disculpas, volvió á tomar la palabra.

Licurgo no conoció el orden de las virtudes. Señaló el primer lugar al valor; y de ahí vienen tantos males como han experimentado los Lacedemonios, y hecho experimentar á los demas.

Muerto apenas Licurgo, ensayaron su ambicion en los pueblos vecinos: así lo afirma un historiador que vos no conoceis, y se llama Heródoto. Devorados del deseo de dominar, sin fuerzas suficientes, han tenido que recurrir á veces á bajas sumisiones, y á injusticias atroces: ellos fueron los primeros que cohecharon á los generales enemigos; los primeros que mendigaron la proteccion de los Persas; de esos bárbaros, á quienes por la paz de Antálcidas, han vendido poco ha la libertad de los Griegos del Asia.

Disimulados en sus proceder, sin fe en los tratados, reemplazan en los combates el valor con las estratagemas. La prosperidad de una nacion, les causa pesares amargos; le suscitan enemigos; excitan y fomentan los disturbios que la despedazan. En este último siglo propusieron destruir á Atenas, que habia salvado la Grecia, y encendieron la guerra del Peloponeso que destruyó á Atenas.

En vano hizo esfuerzos Licurgo para preservarlos de la ponzoña de las riquezas: Lacedemonia oculta en su seno una cantidad inmensa de ellas; pero solamente están en manos de algu-

nos particulares, que no pueden saciarse. Ellos solos logran los empleos, negados al mérito; que gime en la indigencia. Sus esposas, cuya educacion descuidó Licurgo, como la de todas las demas lacedemonias; sus esposas, que los gobiernan, haciéndoles traicion, participan de su codicia, y con la disolucion de su vida, aumentan la corrupcion general.

Los Lacedemonios tienen una virtud, sombría, austera, y fundada únicamente en el temor. La educacion los hace tan crueles, que ven sin sentimiento correr la sangre de sus hijos, y sin remordimiento la de sus esclavos.

Graves son estas acusaciones, dijo Filotas, para acabar, y no sé cómo podreis responder á ellas. Con el dicho de aquel león, dijo el esparciata, que viendo un grupo, en que un animal de su especie cedia á las fuerzas de un hombre, se contentó con decir, que los leones no tenian escultores. Maravillado Filotas, me decia en voz baja: ¿habrá leído acaso este las fábulas de Esopo? No lo sé, respondi; acaso sabe este cuento por algun ateniense. Damonax continuó: creed que aquí nadie piensa en lo que se dice en la plaza de Atenas, ni mas ni menos que en lo que pasa mas allá de las columnas de Hércules. ¿Pues qué! replicó Filotas, ¿dejareis que vuestro nombre ande vergonzosamente de ciudad en ciudad, y de generacion en generacion? Los hombres extran-

geros á nuestro pais y á nuestro siglo, respondió Damonax, nunca se atreverán á condenarnos por el dicho de una nacion siempre rival y enemiga. ¿Y quién sabe si nosotros tendremos defensores.— ¡Justo cielo! ¿y qué opondrán á la pintura que acabo de presentaros?—Otra mas fiel, y hecha por manos igualmente diestras. Vedla aquí.

Solo en Lacedemonia y en Creta hay un verdadero gobierno: en otras partes no hay mas que una reunion de ciudadanos, que unos mandan, y otros obedecen; unos son señores y otros esclavos. En Lacedemonia no hay otra distincion entre el rey y el particular, entre el rico y el pobre, que la que arregló un legislador, inspirado por los dioses mismos. Un dios fué tambien el que guiaba á Licurgo cuando templó con un senado la demasiadamente grande autoridad de los reyes.

Este gobierno, en que las potestades están tan bien equilibradas, y cuya sabiduria ha sido generalmente reconocida, ha permanecido cuatro siglos, sin experimentar mudanza alguna esencial, ni excitar la menor division entre los ciudadanos. En aquel tiempo dichoso, jamas hizo la república cosa alguna de que tuviese que avergonzarse: jamas se vió en ningun Estado una sumision tan grande á las leyes, tanto desinterés, frugalidad, dulzura y magnanimidad, valor y modestia. Entonces fué cuando á pesar de las

instancias de nuestros aliados, nos negamos á destruir á Atenas, que despues... A estas palabras, dijo Filotas: ¿no habeis consultado mas que los autores lacedemonios? No los tenemos; respondió Damonax.—¿Se habrán pues vendido á la Lacedemonia?—Nosotros no los compramos nunca. ¿Quereis saber quiénes son nuestros garantes? los mayores ingenios de la Grecia, Platon, Tucídides, Isócrates, Xenofonte, Aristóteles, y otros muchos. Yo tuve amistad estrecha con muchos de ellos, en los frecuentes viages que hice á Atenas, por orden de los magistrados; y á sus conversaciones y á sus obras debo los débiles conocimientos que extrañais ver en un esparciata.

Damonax no veia en el semblante de Filotas mas que la sorpresa; pero yo notaba tambien el temor de ser acusado de ignorancia ó de mala fe; sin embargo, no se le podia echar en cara sino la preocupacion y la ligereza. Yo pregunté á Damonax, por qué los escritores de Atenas se habian permitido tantas variaciones y licencias, hablando de su nacion. Podria responderos, dijo, que cedieron alternativamente á la fuerza de la verdad, y á la del odio nacional. Pero no temais, Filotas, que yo ofenda á vuestra delicadeza.

Durante la guerra, vuestros oradores y poetas, para animar al populacho contra nosotros,

hacen como los pintores, que para vengarse de sus enemigos, los pintan con un aspecto horrible. Vuestros filósofos y vuestros historiadores, con mas prudencia, nos han reprendido y alabado, porque segun la diferencia de los tiempos, hemos merecido ó alabanza ó vituperio; en lo que han hecho lo que los artistas hábiles, que pintan sucesivamente á sus heroes en una situacion pacífica, en un acceso de furor, con los rasgos de la juventud, y con las arrugas y deformidades de la vejez. Ambos acabamos de poner ante nuestros ojos estas diferentes pinturas: vos habeis tomado prestados los rasgos que podian afean la vuestra: yo hubiera tomado cuantos pueden hermosearla, si me hubierais permitido acabar, y lo que los dos hubiéramos hecho, seria presentar unas copias infieles. Es preciso pues volver atras, y fijar nuestras ideas en hechos incontestables.

Tengo que sostener dos asaltos, pues vuestros tiros se dirigen contra nuestras costumbres, y contra nuestras leyes. Las costumbres no habian padecido mal alguno en cuatro siglos, como lo confiesan vuestros escritores. Comenzaron á relajarse durante la guerra del Peloponésico; no lo negamos. Vituperad nuestros vicios actuales; pero respetad nuestras virtudes antiguas.

De los dos puntos que tenia que defender, he entrado en composicion en cuanto al primero,

mas no podré ceder en el segundo, y defenderé siempre, que entre todos los gobiernos conocidos, ninguno hay mejor que el de Lacedemonia. Es verdad que Platon, aunque convencido de su excelencia, ha creído descubrir en él algunos defectos; y sé que Aristóteles se ha propuesto notar otros muchos.

Si estos defectos no perjudican esencialmente á la constitucion, yo diria á Platon: vos me habeis enseñado, que el primero de los seres, al formar el universo, obró sobre una materia preexistente, que le oponia una resistencia, algunas veces invencible, y que no hizo sino el bien, de que era susceptible la naturaleza eterna de las cosas; yo me atrevo á decir tambien, que Licurgo trabajaba en una materia rebelde, que participaba de la imperfeccion inherente á la esencia de las cosas, cual es el hombre, de quien hizo cuanto se pudo hacer.

Si los defectos que se notan en sus leyes, deben arrastrar necesariamente á la ruina de ellas, recordaré á Platon lo que confiesan todos los escritores de Atenas, y lo que últimamente escribia él mismo á Dionisio, rey de Siracusa: la ley sola reina en Lacedemonia, y el mismo gobierno se sostiene con lustre hace muchos siglos. ¿Pues cómo se puede imaginar una constitucion, que con vicios destructivos é inherentes á su naturaleza, fuese siempre inalterable,

siempre inaccesible á las facciones que han assolado las demas ciudades de la Grecia?

Esta union, dije yo entonces, es tanto mas extraña, cuanto entre vosotros la mitad de los ciudadanos está sujeta á las leyes, y la otra mitad no. A lo menos así lo dicen los filósofos de Atenas, quienes aseguran que vuestra legislacion no alcanza á las mugeres; y que habiendo estas tomado un imperio absoluto sobre sus esposos, aceleran de dia en dia los progresos de la corrupcion.

Damonax me respondió: decid á esos filósofos, que nuestras hijas se educan en la misma disciplina, y con el mismo rigor que nuestros hijos: que se habitúan á los mismos ejercicios que ellos, que no llevan mas dote á sus maridos que un gran fondo de virtudes: que en siendo madres, se encargan de la larga educacion de sus hijos, primeramente de acuerdo con sus esposos, y despues con los magistrados: que hay censores que velan sobre su conducta: que todo el cuidado de los esclavos y del gobierno doméstico está á su cargo: que Licurgo cuidó de prohibirles toda especie de adorno: que todavía no hace cincuenta años que en Esparta se creia que un vestido rico era suficiente para marchitar la hermosura, y que antes de esta época era generalmente reconocida la pureza de sus costumbres; en fin, pregun-

tadles si hay un Estado en que la clase de los hombres sea virtuosa, sin que lo sea tambien la de las mugeres.

Vuestras hijas, repliqué yo, se habitúan desde la infancia á ejercicios penosos; y esto es lo que Platon aprueba; pero los dejan, despues de casadas, y esto lo reprueba. En efecto, en un gobierno como el vuestro, seria necesario que las mugeres, á imitacion de las Sauromatas, estuviesen siempre dispuestas á acometer ó rechazar al enemigo. No criamos con tanta dureza á nuestras hijas, me respondió, sino para formar en ellas un temperamento robusto: no exigimos de nuestras mugeres mas que las pacíficas virtudes de su sexo. ¿Para qué les daríamos armas? Bastan nuestros brazos para defenderlas.

Al llegar aquí, rompió Filotas el silencio, y con un tono mas modesto, dijo á Damonax: puesto que el único objeto de vuestras leyes es la guerra, ¿no seria una cosa esencial multiplicar entre vosotros el número de combatientes? ¡La guerra el objeto único de vuestras leyes! exclamó el esparciata: ahí reconozco el language de vuestros escritores, que atribuyen al mas sabio, al mas humano de los legisladores, el proyecto mas cruel é insensato; el mas cruel, si quiso perpetuar en la Grecia una milicia, sedienta de la sangre de las naciones, y de las conquistas; el mas insensato, pues para ejecutarle,

habria propuesto medios absolutamente contrarios á sus miras. Recorred nuestro código militar, y vereis que sus disposiciones, tomadas en sentido literal, no caminan á otro fin, que á inspirarnos sentimientos generosos, y reprimir nuestra ambicion. Tenemos la desgracia de no observarlas, mas no por eso dejan de enseñarnos cuales eran las intenciones de Licurgo.

En efecto, ¿por qué medios podría engrandecerse una nacion, que á cada paso le encadenan su esfuerzo: una nacion, que por parte del mar, privada por sus leyes de marineros y soldados, no tiene la libertad de dilatar sus dominios, y por parte de tierra, la de sitiarse las plazas que cubren las fronteras enemigas: una nacion á quien se prohibe perseguir al enemigo que huye, y enriquecerse con sus despojos; que no pudiendo hacer con frecuencia la guerra á un mismo pueblo, tiene que preferir los medios de negociacion á los de las armas; que no debiendo ponerse en marcha antes del plenilunio, ni pelear en ciertas fiestas, se expone algunas veces á que se frustren sus proyectos, y que por su extrema pobreza nunca podrá formar grandes empresas? Licurgo no pensó en establecer entre nosotros un plantel de conquistadores, sino de guerreros tranquilos, que no respirasen mas que la paz, si se respetaba su reposo; y la guerra, si alguno tenia la osadía de turbarle.